

La Apostasía Omega

Satanás sabe lo que el apóstol Pablo escribió acerca de ser victorioso sobre el pecado (Romanos 6:1-18). También sabe que Juan el Revelador escribió acerca de la obediencia del pueblo remanente de Dios de los últimos días. Sabe que serán guardadores de los mandamientos (Apocalipsis 12:17; 14:12). Sabe que muchos versículos del libro de Apocalipsis dan maravillosas promesas a quienes «vencen» el pecado en sus vidas (Apocalipsis 2:7, 11, 17, 26; 3:5, 12, 21; 21:7). Sabiendo esto, cabría esperar que Satanás trabajara arduamente para socavar la obediencia a los Diez Mandamientos de Dios, especialmente en estos últimos días. Constantemente trabaja para llevar a hombres y mujeres a desobedecer los mandamientos de Dios.

Sin embargo, sabe que no podría hacer que los adventistas del séptimo día rechazaran por completo los Diez Mandamientos y dijeran que ya no son válidos. En cambio, ha estado y está trabajando de una manera más engañosa para llevar a las personas a ignorarlos. Engaña al pueblo de Dios haciéndoles creer que es imposible obedecerlos plenamente. Esta es la apostasía «omega» sobre la que advirtió Elena G. de White, y que la iglesia enfrenta hoy.

Hoy esta apostasía se manifiesta de numerosas maneras; maneras que parecen ser una bendición. Satanás está usando el mismo señuelo que usó con Eva en el jardín; el señuelo de una experiencia superior que está vacía de cualquier enfoque en la obediencia absoluta a los mandamientos de Dios en la vida de uno.

La Acusación de Satanás

Elena G. de White estaba muy consciente de los esfuerzos de Satanás en el pasado y presente para tergiversar la ley de Dios. Ella escribió:

«Satanás representa la divina ley de amor como una ley de egoísmo. Declara que nos es imposible obedecer sus preceptos.» (El Deseado de Todas las Gentes, p. 15)

« Desde el origen de la gran controversia en el cielo, el propósito de Satanás ha consistido en destruir la ley de Dios. Para realizarlo se rebeló

contra el Creador y, aunque expulsado del cielo, continuó la misma lucha en la tierra.» (El Conflicto de los Siglos, p. 569)

«Los rabinos representaban virtualmente a Dios como autor de leyes cuyo cumplimiento era imposible para los hombres.» (El Deseado de Todas las Gentes, p. 250)

Cristo Vindicó a Dios y Demostró que Satanás Estaba Equivocado

Debido a las acusaciones de Satanás, Jesús vino al planeta Tierra como hombre para probar que su mentira sobre la ley de Dios era falsa. Jesús, nacido de mujer (Gálatas 4:4), guardó perfectamente la ley de Dios; obedeciendo de corazón cada precepto. Jesús no pecó en pensamiento, palabra u obra. «Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente;» (1 Pedro 2:21-23, RVR1960)

Cristo demostró que Satanás estaba equivocado en su falsa afirmación de que la ley de Dios no puede ser guardada. Sin embargo, Cristo hizo aún más que vindicar la ley de Dios con su vida perfecta y sin pecado. También proveyó para el pueblo de Dios «Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención;» (1 Corintios 1:30, RVR1960), las cuales podrían ser tuyas mediante la fe.

Dios Usa Su Iglesia para Vindicar a Dios y Demostrar que Satanás Está Equivocado

No fue solo a través de Cristo, sino también a través de la iglesia, que Dios se propuso demostrar que las acusaciones de Satanás sobre la ley de Dios eran falsas. Fue a través de Cristo que este propósito debía ser cumplido y manifestado en la iglesia. Es a través de la iglesia que Dios y su ley deben ser vindicados a medida que el pueblo de Dios, por la fe, permite que Cristo viva

su perfecta obediencia a la ley de Dios en y a través de ellos. Pablo describió esto cuando escribió:

« **10** El fin de todo esto es que la sabiduría de Dios, en toda su diversidad, se dé a conocer ahora, por medio de la iglesia, a los poderes y autoridades en las regiones celestiales, **11** conforme a su eterno propósito realizado en Cristo Jesús nuestro Señor.» (Efesios 3:10-11, NVI)

Según Pablo, antes del regreso de Jesús, la «sabiduría de Dios» debe ser dada a conocer o manifestada en su iglesia (su pueblo). Esta «sabiduría de Dios» fue «cumplida en Cristo», y debe ser vista o manifestada a través de la iglesia a los «principados y potestades en los lugares celestiales». Este es el propósito o misión principal de la iglesia en la tierra.

Una pregunta vital es: «¿Cuál es la sabiduría de Dios que se cumplió en Cristo?». Pablo nos lo dice en su primera carta a los Corintios.

«**29** a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse. **30** Pero gracias a él ustedes están unidos a Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho nuestra sabiduría —es decir, nuestra justificación, santificación y redención— **31** para que, como está escrito: «Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe en el Señor.» (1 Corintios 1:29-31, NVI)

Verás, la sabiduría de Dios es la justicia, santificación (santidad) y redención que Cristo proveyó para su pueblo. Esta sabiduría de Dios será dada a conocer a los principados y potestades en los lugares celestiales a medida que la iglesia experimente la perfecta obediencia de Cristo a la ley de Dios en sus vidas en toda su extensión. Esa «sabiduría» es la justicia de Cristo, su santidad o santificación, y la redención del pecado; la transgresión de la ley (1 Juan 3:4). Es cuando la sabiduría de Dios se manifiesta plenamente de esta manera en la iglesia que su pueblo habrá salido de su condición laodicense, obedecerá plenamente los mandamientos de Dios y estará listo para el regreso de Cristo.

Por eso Satanás trabaja tan arduamente para propagar la enseñanza apóstata «omega» de que la ley de Dios no puede guardarse y el pueblo de Dios no puede vivir una vida de victoria sobre el pecado. Aquellos que aceptan

su apostasía «omega» nunca cumplirán el propósito de Dios para ellos ni estarán listos para la segunda venida de Cristo.

La Comprensión de Elena G. de White

Elena G. de White comprendió claramente el propósito por el cual Dios llamó a la iglesia a la existencia. Sabía que era esencial que el pueblo de Dios fuera un pueblo obediente. Porque si no lo son, en realidad están vindicando las acusaciones de Satanás contra la ley de Dios.

«Se requiere obediencia exacta, y los que dicen que no es posible vivir una vida perfecta, imputan a Dios injusticia y falsedad.» (SW – The Southern Review, 5 de diciembre de 1899)

Hay muchos adventistas del séptimo día hoy que, junto con muchos otros cristianos, dicen que es imposible vivir una vida victoriosa sobre el pecado. No se dan cuenta, pero en realidad están de acuerdo con Satanás e imputan a Dios injusticia y falsedad. Han aceptado la apostasía «omega» de Satanás.

Mientras la iglesia tenga la actitud de que no es posible vivir una vida victoriosa sobre el pecado, no saldrá de su condición laodicense, el evangelio completo de liberación de todo pecado no será experimentado ni proclamado, y Jesús no vendrá.

Acerca de esto, Elena G. de White también escribió:

«El Señor desea, mediante su pueblo, contestar las acusaciones de Satanás mostrando los resultados de la obediencia a los principios rectos.» (Palabras de Vida del Gran Maestro, p. 238)

« La misma imagen de Dios se ha de reproducir en la humanidad. El honor de Dios, el honor de Cristo, están comprometidos en la perfección del carácter de su pueblo.» (El Deseado de Todas las Gentes, p. 625)

Por eso, en su misericordia, Dios ha dado una seria advertencia y un llamado a Laodicea. La iglesia no se ha rendido a Cristo en toda su extensión para que solo Cristo sea visto en la iglesia. Cuando Cristo sea visto plenamente al 100% en su iglesia, entonces su propósito se cumplirá y Jesús regresará. Elena G. de White lo entendió cuando escribió:

«Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos.» (Palabras de Vida del Gran Maestro, p. 47)

Pablo se refiere a esta experiencia de santificación completa en Jesucristo cuando escribió: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20, RVR1960)


El Misterio de Dios

Juan, en el libro de Apocalipsis, nos dice que la última obra que Dios hará en su iglesia es terminar el «misterio de Dios». «sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas.» (Apocalipsis 10:7, RVR1960)

Dado que terminar el misterio de Dios es la última obra de Dios en esta tierra, es importante que entendamos qué es el misterio de Dios. Pablo nos dice: «de la cual fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria,» (Colosenses 1:25-27, RVR1960)

Según Pablo, el misterio de Dios es «*Cristo en vosotros*», y es nuestra única esperanza de gloria; de glorificar a Dios al reflejar el carácter de Cristo (la obediencia de Cristo a la ley de Dios) por el cual la tierra será iluminada con la gloria (carácter) de Dios (Apocalipsis 18:1). Este misterio de Dios es el evangelio de Jesucristo; un evangelio de liberación del pecado. Es la perfecta obediencia de Cristo a la ley de Dios revelada en la vida de uno.

Verás, el misterio de Dios, la sabiduría de Dios y el evangelio de Jesucristo son los medios que Dios ha provisto para nuestra salvación; nuestra liberación



del pecado. La justificación que Dios proveyó en Cristo nos libra de la culpa y la penalidad del pecado, que es la muerte, y nos cubre con la obediencia justa imputada de Cristo a la ley de Dios. La santificación que Dios provee en Cristo es su justicia impartida, que nos libra del poder del pecado para gobernar en nuestra vida y nos lleva a la obediencia a los mandamientos de Dios. Porque hemos sido santificados o apartados por Dios para buenas obras: «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.» (Efesios 2:10, RVR1960). Estas buenas obras son obras de obediencia fiel a la ley de Dios.

El Peligro de la Apostasía Omega

Por eso la apostasía «omega» es tan peligrosa. Cuando se recibe, frustra el propósito mismo de Dios para la iglesia, mantiene a las personas en Laodicea, lleva a muchos del pueblo profeso de Dios a levantarse contra el mensaje de Laodicea llamándolo error, y hace que los engañados sean sacudidos de entre el pueblo remanente de Dios y no estén listos para el regreso de Cristo.

Satanás sabe que no puede llevar a los adventistas a rechazar por completo los Diez Mandamientos y el Sábado. Así que los lleva a creer lo siguiente mejor; que los mandamientos no se pueden guardar. Por lo tanto, aquellos que creen el engaño «omega» son llevados a rechazar las claras exhortaciones de la Biblia que llaman al cristiano a vivir una vida victoriosa a través de Cristo. El engaño será tan fuertemente creído que se levantarán contra la verdad. Respecto a esto, Elena G. de White escribió:

«El mensaje del tercer ángel no será comprendido, la luz que alumbrará la tierra con su gloria será llamada una luz falsa, por aquellos que rehúsan andar en su gloria creciente.» (RH, 27 de mayo de 1890)

Recuerda, la gloria de Dios es su carácter, que alumbrará la tierra a través de su pueblo (Apocalipsis 18:1). También, recuerda, la ley de Dios es un trasunto de su carácter. El pueblo remanente de Dios crecerá en Cristo de gloria en gloria por el Espíritu (2 Corintios 3:3, 18). Crecerán en obediencia a los mandamientos de Dios por medio de Cristo viviendo su obediencia justa impartida en y a través de ellos. Aquellos que aceptan la enseñanza apóstata «omega» llamarán a esto «luz falsa».

Debido a que Elena G. de White sabía que Satanás buscaría alejar al pueblo de Dios de la obediencia perfecta a los mandamientos de Dios, escribió muchas declaraciones acerca de la vida obediente que Dios espera que su pueblo lleve.

«Se requiere obediencia exacta, y los que dicen que no es posible vivir una vida perfecta, imputan a Dios injusticia y falsedad.» (SW – The Southern Review, 5 de diciembre de 1899)

«Dios requiere en este momento exactamente lo que requirió de Adán en el paraíso antes de que cayera: obediencia perfecta a su ley. El requisito que Dios hace por gracia es precisamente el requisito que hizo en el paraíso.» (Review & Herald, 15 de julio de 1890)

«Consideremos la vida de Cristo. Como cabeza de la humanidad, sirviendo a su Padre, es un ejemplo de lo que cada hijo debe y puede ser. La obediencia que Cristo rindió es la que Dios requiere de los seres humanos hoy día.» (Palabras de Vida del Gran Maestro, p. 225)

«La obediencia de Cristo a su Padre fué la misma obediencia que se requiere del hombre. El hombre no puede vencer las tentaciones de Satanás sin un poder divino que pueda combinar con sus potencialidades humanas. Así sucedió con Jesucristo. El podía confiar en el poder divino. No vino a nuestro mundo a dar la obediencia de un Dios menor a un Dios mayor, sino como hombre, para obedecer la Santa Ley, y de esta manera él es nuestro ejemplo. El Señor Jesús vino a nuestro mundo, no a revelar lo que Dios podía hacer, sino lo que un hombre podía hacer, mediante la fe en el poder de Dios para ayudar en toda emergencia. El hombre, mediante la fe, ha de ser participante de la naturaleza divina, y debe vencer toda tentación con que sea tentado.» (Nuestra Elevada Vocación, p. 50)

«Vi que nadie podría participar del ‘refrigerio’ a menos que obtuviera la victoria sobre cada asedio, sobre el orgullo, el egoísmo, el amor al mundo y sobre cada palabra y acción incorrectas.» (Experiencias y Enseñanzas Cristianas de Elena G. de White, p. 113)

« “Viene el príncipe de este mundo—dice Jesús—; mas no tiene nada de mí”. Juan 14:30, VM. No había en él nada que respondiera a los sofismas de

Satanás. El no consintió en pecar. Ni siquiera por un pensamiento cedió a la tentación. Así también podemos hacer nosotros. La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad. Fue hecho idóneo para el conflicto mediante la permanencia del Espíritu Santo en él. Y él vino para hacernos participantes de la naturaleza divina. Mientras estemos unidos con él por la fe, el pecado no tendrá dominio sobre nosotros. Dios extiende su mano para alcanzar la mano de nuestra fe y dirigirla a asirse de la divinidad de Cristo, a fin de que nuestro carácter pueda alcanzar la perfección.» (CRA, p. 180)

«El que no tiene suficiente fe en Cristo para creer que él puede guardarlo de pecar, no tiene la fe que le dará entrada en el reino de Dios.» (Manuscrito 161, 1897)


Aquellos que aceptan la apostasía «omega» deben rechazar o racionalizar estas declaraciones, así como su consejo sobre vivir sin un mediador cuando el juicio termina. Elena G. de White describe a quienes viven sin un mediador durante el tiempo de angustia de la siguiente manera:

« Así, en el tiempo de angustia, si el pueblo de Dios conservase pecados aún inconfesos cuando lo atormenten el temor y la angustia, sería aniquilado; la desesperación acabaría con su fe y no podría tener confianza para rogar a Dios que le librase. Pero por muy profundo que sea el sentimiento que tiene de su indignidad, no tiene culpas escondidas que revelar. Sus pecados han sido examinados y borrados en el juicio; y no puede recordarlos..» (El Conflicto de los Siglos, p. 620)

El Engaño de Satanás

Satanás sabe estas cosas y hará todo lo posible para llevar a las personas a aceptar la enseñanza apóstata «omega» de que la victoria completa sobre el pecado es imposible. Sabe que la victoria solo puede venir si nos enfocamos en Jesús y le permitimos vivir su vida en y a través de nosotros. Por lo tanto, el plan de Satanás es desviar nuestra mirada de Jesús.

Utilizará uno de dos engaños. Primero, nos lleva a enfocarnos en las tentaciones con las que luchamos. Quiere que pensemos que podemos llegar a ser justos e incluso desarrollar perfectamente el carácter de Cristo




enfocándonos en lo que se debe hacer y lo que no, en la ley; *en cualquier cosa menos en Jesús*. Quiere que pensemos que podemos ser victoriosos sobre la tentación si «nos esforzamos» lo suficiente, con la ayuda de Dios, por supuesto. Lleva a muchos a creer que enfocarse en los «haceres y no haceres» de nuestra religión traerá avivamiento. Tal religión es una carga sin alegría. Todo este esfuerzo fracasará. Los «haceres y no haceres» son importantes, pero no deben ser nuestro enfoque.

O bien, Satanás llevará a muchos a rechazar la posibilidad de reflejar perfectamente el carácter de Cristo mediante la obediencia a la ley de Dios. La mayoría de los que llegan a esta conclusión han intentado obedecer con sus propias fuerzas y han descubierto la imposibilidad de alcanzar la victoria completa. Así que se retractan y descansan solo en un Cristo justificador, creyendo que la santificación plena y completa es imposible. Concluyen que la victoria completa sobre la tentación y el pecado no es alcanzable en esta vida. Esta también es una posición muy peligrosa. Tanto el legalismo como el rechazo de la obediencia completa llevarán a permanecer en su condición laodicense.

La apostasía «omega» de Satanás enseña que tal visión de obediencia completa y victoria sobre la tentación conducirá a la jactancia y a sentimientos de haber alcanzado la perfección. Las actitudes de jactancia o los sentimientos de haber alcanzado la perfección son imposibles de experimentar para el cristiano lleno del Espíritu. Cuanto más se acercan a Cristo, más pecaminosos se saben. Se dan cuenta de que no hay justicia en ellos. Saben que podrían ceder a una tentación en cualquier momento si apartan la mirada de Jesús. Saben que su única esperanza de victoria es seguir confiando en Jesús para que viva su victoria en y a través de ellos. Y cuando Jesús regrese, se sentirán indignos de ser salvados. Saben que su única esperanza de salvación y victoria ha sido su fe en Jesús. Echarán sus coronas a los pies de Jesús porque saben que no merecen las coronas porque Jesús lo hizo todo por ellos. Todo lo que hicieron fue tener fe en Él para que los salvara del pecado y la muerte. Sabrán lo que Pablo quiso decir cuando escribió:

«**29** a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse. **30** Pero gracias a él ustedes están unidos a Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho nuestra sabiduría



—es decir, nuestra justificación, santificación y redención— **31** para que, como está escrito: «Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe en el Señor.» (1 Corintios 1:29-31, NVI)

Su jactancia por toda la eternidad será jactarse en Jesús; alabar a Jesucristo por la victoria sobre el pecado y la salvación eterna que les proveyó.